

CARTA A ERNESTO SABATO ACERCA DE "HOMBRES Y ENGRANAJES"

Estimado señor Sabato:

Una gran sinceridad respira su libro, escrito en busca de una salida a la grave crisis por la que atraviesa el hombre contemporáneo.

Ud. ha afrontado con valor confesar su alejamiento del comunismo y reconocer la insuficiencia de las teorías de Marx, su desilusión de la ciencia actual en relación con el bienestar del hombre y su desencanto de otras teorías e instituciones a las que Ud. diera otrora su adhesión. *Sapientis est mutare consilium*. Ha dado así el primer paso hacia la verdad, reconociendo sus anteriores yerros.

Un aliento de vida traspasa y anima su obra. No se trata de problemas abstractos ni siquiera de problemas vivos abstractamente tratados, sino de problemas intensamente vividos por Ud. en una búsqueda apasionada de su solución. Un vehemente deseo de alcanzar la verdad y el bien para salir airoso de esta terrible encrucijada, en la que desde el Renacimiento ha venido a dar la pobre humanidad y que se va cerrando más y más sobre ella amenazándole de estrangulación y de muerte.

Ahí finca el gran valor y la simpatía cautivante que su libro despierta en el lector, sinceramente animado de sus mismos deseos, y que en mi caso me lleva además a una verdadera aproximación espiritual hacia Ud.

Dejo de lado todo el valor literario de su obra, cuya fuerza principal le viene sin duda de ser el trasunto vivo de una experiencia dolorosamente padecida y de un anhelo vehementemente sentido. Voy directamente a lo hondo del problema que es lo que a Ud, a mí y a cuantos sinceramente buscamos y hemos consagrado nuestra vida al bien de los hombres nos interesa ante todo, y que es también lo que tan íntimamente nos une, pese a las profundas diferencias que actualmente *todavía* nos separan, pero que un día no lejano Ud. superará -no lo dudo- como ya ha superado otras tantas, quizás más difíciles de dejar atrás, en busca de la verdad total.

Esa misma simpatía y estima que su libro me merece, es lo que me ha movido a escribirle estas líneas puntualizando con toda sinceridad y claridad los aportes y los puntos débiles de su obra, a pesar de no conocerle y de no haberle tratado nunca; sabiendo de antemano que Ud. recibirá esta carta con la misma generosidad con que se la envió.

Sintetizo mi posición frente a su libro en tres puntos: 1) hay en él una *intuición vigorosa y certera* del fracaso de un determinado tipo de organización o civilización de la vida humana y

de sus instituciones y medios. 2) Sin embargo, tal vez por falta de una recta formación filosófica, no siempre ha sabido Ud. dar exacta formulación y precisión conceptual a esa crítica de tal concepción falseada de la vida, cuyas consecuencias Vd. ha sabido descubrir con sagacidad y condenar con vigor. Ello es debido sin duda a que Ud. ha sido ante todo un hombre de ciencia y es en la actualidad un hombre de letras y confesadamente en su libro nos dice no ser un filósofo. Yo no me atrevería a decir que Ud. no lo es; sino simplemente que carece de ,una buena formación filosófica, lo cual angosta y a veces deforma sus penetrantes reflexiones. 3) Finalmente la solución que Ud. ofrece al final de su libro para la crisis actual es enteramente floja e insuficiente para un espíritu exigente.

He aquí lo que con toda sinceridad, brevedad y sencillez quiero conversar con Ud. en esta carta, en el plano de una gran comprensión y simpatía por su obra y por Ud. mismo.

Más que su obra, es Ud. mismo quien me interesa, y en Ud. quiero aproximarme a otros muchos espíritus sinceros que, a semejanza suya, aprisionados por prejuicios o mala formación o falta de buena formación, no ,aciertan a alcanzar la meta a que sinceramente aspiran. Porque -sin ánimo de adulación- en su libro Ud. se manifiesta muy superior a él: su espíritu supera inmensamente la realización concreta de su obra y mucho más su solución.

Y ahora puntalicemos los tres puntos antes mencionados.

1.- Con una gran valentía y sin paliativos Ud. ha señalado los males de nuestra época y ha dirigido golpes certeros contra ciertos *mitos*, que son la verdadera causa del desquicio de la sociedad y de la vida del hombre, y que cierta gente y literatura hipócrita de nuestros días, simula no ver, señalando remedios a los efectos superficiales, sin atreverse a hundir el bisturí hasta los abscesos profundos de donde aquellos emanan.

En la dirección de Berdiaeff, de Belloc y de Maritain, Ud. se ha atrevido a desenmascarar el Renacimiento; que, si bien aportó indudables valores humanísticos, no lo logró sino por el camino de una falsa e inhumana concepción del hombre y de su vida. A este propósito con mucho acierto también Ud. ha vislumbrado la grandeza de la Edad Media, la Edad de las Catedrales y de las *Summae*, de las Cruzadas, de Dante, de Santo Tomás y de San Francisco de Asís, aunque no estoy seguro de si realmente **la** ha llegado a comprender en toda su magnífica plenitud espiritual. Un conocimiento más profundizado de esa época -en lo que concierne principalmente a su vida espiritual- lo hubiesen llevado a Ud. hasta allí: hasta hacerle comprender que, con todas sus deficiencias humanas y modos bárbaros, esa Edad ha sido la época más concentrada del espíritu, no sólo cristianamente considerada, sino aún

humanamente; y esa comprensión le hubiese dado una visión más exacta de las Cruzadas y le hubiese evitado además caer en la afirmación enteramente falsa de colocar los orígenes del racionalismo nada menos que en la época de Santo Tomás a no ser que hubiese Ud. querido referirse a ciertos brotes conceptualistas del fin de esta Edad. Nadie mejor que el Angélico Doctor ha centrado la inteligencia en su verdadero objeto -el ser o *esencia de las cosas materiales*, alcanzada a través de la intuición sensible- y nadie mejor que él ha tenido en cuenta, por eso mismo, las condiciones de dependencia de la experiencia sensible y material en que se encuentra toda la vida de la inteligencia -y a través de ella, toda la vida del espíritu-; colocando su *vigoroso intelectualismo* entre los dos extremos igualmente falsos del *racionalismo* y del *empirismo* (Cfr. sobre este punto mis obras: *Filosofía moderna y Filosofía Tomista*, especialmente T. I., C. IV y *La Doctrina de la Inteligencia de Aristóteles a Santo Tomás*, C. IV y sgs.; y otros trabajos monográficos, en que frecuentemente he insistido sobre este punto central de la Filosofía de Santo Tomás, vg., para mencionar el último, *Ser y Devenir en Antropología*, en SAPIENTIA, No. 23, Enero-Marzo de 1952).

La Edad moderna, de espaldas a Dios y vuelta sobre el hombre, intentó sustituir a aquél por una serie de *mitos*, tales como la *ciencia*, la *cultura*, el *bienestar material*, etc.; que si bien, *en sí mismos*, eran realmente buenos y valiosos, por el mal espíritu *antropocéntrico* con que venían informados y por una consiguiente desarticulación de una concepción auténticamente humanista, en su *realización concreta* han venido a dar contra el hombre mismo.

Es lo que Ud. va señalando paso a paso, en penetrantes observaciones, a propósito de la ciencia, del dinero, la técnica, etc.: cómo ellos se han ido alejando y desprendiendo del hombre, se han ido *deshumanizando* hasta independizarse del hombre para enfrentarse y amenazar de muerte al mismo hombre. Tal, por ejemplo, el descubrimiento científico de la energía atómica, como caso típico: el hombre ha sabido liberar esa energía aprisionada en la naturaleza; pero es impotente ahora -en su situación concreta, desprovisto de normas morales absolutas- para sujetarla a su entero y exclusivo servicio, y no emplearla para su propia destrucción. El hombre ha triunfado como sabio, pero ha fracasado como hombre. Otro tanto se podría afirmar de la técnica en general, de la economía, y otras manifestaciones de la civilización.

2.-Sin duda, tomados *en concreto*, tal como realmente se *han realizado y existen*, Ud. ha captado bien: la ciencia, el dinero, la técnica, el arte y otras realizaciones culturales no han hecho al hombre más sabio, ni más bueno, ni más feliz, en una palabra, no lo han hecho *más hombre*. No sólo -no lo han ayudado a *humanizarse*, sino, por el contrario, parecen haberío

deshumanizado más y más hasta amenazar acabar con su vida espiritual y con su misma existencia física sobre la tierra. Sus observaciones a este propósito recuerdan mucho, por momentos, las no menos penetrantes del conocido libro de Carrel.

Pero lo que se echa de menos en tales críticas -válidas casi siempre como observaciones empíricas- es una fundamental distinción. Esa ciencia, cada vez más abstrusa y alejada de la realidad y del hombre común, como Ud. bien observa, esa técnica cada vez más fina y reservada, por eso mismo, en su manejo a un número cada vez más reducido de especialistas, esa producción en serie, cada vez más atomizada en la distribución del trabajo, ese arte cada vez más refinado y menos comprensible para el gran público, ¿son realmente siempre *inhumanos* por ser *ciencia, técnica, producción standard, y arte*? Más aún, ¿han claudicado de su finalidad humana por alejarse cada vez más del hombre común, en cuanto a su cultivo o empleo, exclusivo de unos pocos; o más bien, porque se han *desarticulado* y perdido su subordinación al hombre, a una concepción integralmente humanista, que somete lo material a lo espiritual, la ciencia, la economía, la técnica y el arte a la *moral*?

Es evidente que es por lo segundo. La ciencia, aún la física actual -para referirme al ejemplo a que Ud. se refiere- no puede ser juzgada mala, porque su conocimiento especializado sea exclusivo de unos pocos y se aleje de la configuración de un mundo propia del sentido común y aún de la sana Filosofía; precisamente porque esa ciencia física actual no quiere ser una captación y expresión de la realidad *como es* -misión que concierne y deja para la Filosofía- sino algo mucho más modesto: una formulación matemática de los fenómenos y leyes que sirva para un mejor y más eficaz manejo de las fuerzas materiales. *Su mal* está en que su cultivo *se ha desprendido* de una Filosofía y, en definitiva, de una Metafísica y Gnoseología verdaderas, bajo la cual pueda tener conciencia de su verdadero objeto y limitación y de su subordinación a un saber superior que la sobrepasa; y sobre todo de una Moral, que la someta al verdadero bien del hombre.

Otro tanto podría afirmarse de la técnica, la economía y el arte. Estos *bienes* no son malos en sí, en su *esencia*, ni causantes, como tales, de la disolución humana actual; mala es su realización concreta, las condiciones de *su existencia*, llevada a cabo contra las mismas exigencias de aquella esencia, que de sí reclama y exige su entera subordinación al hombre y a los bienes superiores del espíritu, específicos de éste.

Esta precisa distinción, que se echa de menos en su libro, al menos con la claridad que fuera menester en asunto tan grave, le hubiese conducido a señalar con más precisión también la verdadera causa del mal, que está en el terreno filosófico -y sobre todo *teológico*, en la época de

Providencia cristiana en que vivimos- en la pérdida de una moral de valor absoluto, **que** únicamente puede sostenerse en el Bien infinito de Dios, trascendente al hombre; y que de *hecho* sólo se ha logrado en el clima sobrenatural cristiano, dada la defectibilidad intelectual y volitiva del hombre, después de su caída original.

Pero en este punto hay algo más grave en su libro. Inconscientemente paga Ud. tributo a la misma concepción que ha engendrado los errores y desvíos que Ud. mismo con tanto acierto y valor fustiga y condena. Su noción de ciencia, por ejemplo, se queda en un conceptualismo que no aprehende la realidad, hijo de la *Weltanschauung* subjetivista iniciada en el Renacimiento y consumada por Kant. Y mucho más grave es su ataque a la razón misma y su adhesión un poco desmedida a las doctrinas irracionistas actuales. Desde luego su intención ha sido atacar el *racionalismo*, que es un error filosófico que no tiene en cuenta las condiciones concretas de existencia de la razón humana. Pero en su afán de ir contra el exceso del racionalismo, que ha desfigurado y desconocido la realidad, Ud. pareciera a veces atacar y desconfiar de la misma inteligencia y adherirse, por ese mismo motivo, al vitalismo y al existencialismo -al menos en algunos de sus representantes- los cuales -sin desconocerles su aporte en tanto reacción contra el racionalismo- como neo-empiristas de tipo irracionista que son, no hacen sino sumergir más hondo en el abismo del absurdo y de la desesperación a la humanidad contemporánea. (Cfr. varios trabajos míos sobre existencialismo publicados en SAPIENTIA). Su misma solución final a la que enseguida me referiré, está inficionada de este tinte irracionista.

Para Ud. un concepto es un *esquema o categoría* vacío y extraño a la realidad. No ignoro que hay sistemas que así lo han enseñado, vg. Kant y el mismo Bergson, éste para contraponer a él su intuición. Pero tales sistemas son precisamente los que han engendrado el desorden actual. La Filosofía tradicional, y más concretamente el Tomismo, jamás han enseñado semejante error, que desarticula a la inteligencia de la realidad. Después de varios siglos de discusiones sobre los *conceptos universales*, se logró en la Edad Media la verdadera solución, a través de Abelardo, Juan da Salisbury y otros, en Santo Tomás: el concepto, es algo *real*, es un aspecto de la misma realidad, abstractamente aprehendido. Observe que lo abstracto no afecta a la realidad misma aprehendida, sino sólo al modo intelectual de aprehenderlo, modo que jamás se predica, por eso mismo, de la realidad.

Imprecisiones como esta, basadas en el desconocimiento de la vida propia de la inteligencia, lo han llevado a Ud. a englobar en el *Nacionalismo* -que ciertamente no tiene en cuenta la realidad- la posición intelectualista más ajustada a la realidad y a la verdad.

3.- Sin duda ese mismo anti-intelectualismo que se respira en su obra, es lo que le ha impedido a Ud. llegar a la verdadera solución de la crisis contemporánea; adonde precisamente lo llevaban sus finas observaciones y sobre todo el espíritu de *humanismo* que anima y vigoriza su obra.

Su libro, tan firme en señalar las causas de la crisis; tan penetrante en sus reflexiones sobre la posición contradictoria del ateísmo; tan informado y versado cuando trata de la ciencia y del arte, decae y desilusiona en su final, cuando quiere y tenía que ser filosófico, Frente al dilema de Sartre: *Dios o la desesperación*, ¿Cree Ud. que se puede escapar con esa tercera solución del *instinto*, que nos lleva a seguir trabajando, a sacrificarnos por los demás, etc.? Dice Ud. muy bien que para los que creen en Dios la vida tiene un sentido y una solución; pero añade a renglón seguido que también puede tenerlo para quienes no han llegado todavía a la seguridad de esa existencia, siguiendo el *instinto* que los lleva a la formación de la familia, del trabajo, sin saber por qué y sin ponerse siquiera a averiguarlo y casi huyendo de tal explicación.

Desde luego que ese instinto de que Ud. habla -y que mejor sería llamarlo *inclinación natural*- tiene un valor como respuesta inmediata al problema. Pero no puede constituir una respuesta definitiva. ¿Por qué vale la naturaleza con sus inclinaciones naturales? ¿Por qué ella nos guía a buen término?. Y más todavía, ¿por qué debe ser ella acatada y no más bien contrariada, como *de hecho* lo hacen muchos?. Si más allá de esa naturaleza no está el Ser que es la misma Existencia y, por eso mismo, la Omniperección personal, brevemente, si no está Dios como autor de tal naturaleza -cuyas inclinaciones, tomadas en su unidad jerárquica en cuanto se subordinan e integran en las inclinaciones específicas, espirituales, por eso mismo nos llevan a nuestro propio bien y del universo- no se ve -ya que no hay criterio para discernirlo- por qué haya de ser bueno lo que es conforme a esa inclinación natural y malo lo que le es contrario, y mucho menos todavía por qué estemos obligados a acatarlas.

Verdaderamente el dilema de Sartre sigue valedero, y para escapar a la desesperación y al absurdo no queda otra salida fuera de la existencia de Dios. Porque si suponemos que pueda no existir Dios, ¿por qué existimos nosotros, que no nos identificamos con la existencia, pues de ser así hubiésemos existido siempre y *necesariamente* y seríamos Dios? ¿Por qué, para usar una frase de Heidegger, más bien el ser que la nada? Realmente no tendría razón ni justificación alguna el hecho gratuito y contingente de nuestra existencia, de nuestra llegada a ella desde la nada. Pero aún suponiendo *por absurdo* nuestra existencia sin Dios, ¿qué razón de ser y sentido puede tener el hecho de la existencia de nuestro ser finito y contingente,

abandonado a sí mismo? ¿Qué fundamento valedero puede tener el obrar moral? ¿Cómo constituirse y distinguir el bien y el mal?

Sin Dios no queda sino la *nada, la existencia absurda* de que habla Sartre y *el amoralismo* más radical sin normas ni valores para discernir el bien del mal.

Ahora bien, como esta posición -que es el extremo del dilema adoptado por Sartre, en virtud de su irracionalismo o anti-intelectualismo radical por confesadamente *absurda y contradictoria* ni siquiera se puede formular sin suponer el valor ontológico de la misma inteligencia que las expresa y da sentido, y sin autodestruirse, por ende, síguese que la única solución satisfactoria es la otra: sólo aceptando la existencia de Dios se escapa a la contradicción y al absurdo y se logra la única explicación de la existencia del hombre, y también del mundo y de su sentido temporal e inmortal.

Pero para llegar hasta ahí es preciso renunciar al anti-intelectualismo contradictorio -lo cual no significa aceptar tampoco el racionalismo, igualmente absurdo- y una vez aprehendido el valor de la inteligencia se llega indefectiblemente a la existencia de Dios, como a la suprema instancia ontológica, como a la Causa eficiente primera y Causa final última o, en otros términos, como Existencia pura y Bien infinito, que da explicación cumplida y razón de ser a toda otra existencia en sí misma y en su actividad, esencialmente al hombre en sí mismo en su vida espiritual y de un modo especial en su conducta moral.

La existencia de Dios es tan evidente por los caminos de la inteligencia que todo hombre, no inficionado por prejuicios, no puede demorar en descubrirla. Y una vez alcanzada por demostración científica rigurosa, de tal existencia no se tiene certeza por fe sino por *evidencia*.

Y como Ud., Sr. Sábato, ha demostrado en su libro poseer coraje suficiente para deshacerse de todo prejuicio y estar animado por un deseo ardiente de la verdad total, que, en definitiva, es la misma Verdad, no dudo que esa Verdad se le hará encontradiza y Ud. la abrazará ardientemente como solución definitiva del problema planteado en su libro.

Para ver y encontrar a Dios a través del mundo y de la propia existencia, es menester "tener el ojo limpio" de la intención y el corazón puro de los niños, para usar la expresión evangélica. La palabra del Divino Salvador: "*Confiteor, Pater, quia abscondisti haec a sapientibus et prudentibus et revelasti ea parvulis*", es de un riguroso cumplimiento confirmada por la experiencia cotidiana.

Por nuestra parte, dada su sinceridad y buena voluntad, no sólo lo esperamos en la cima de Dios Creador y Gobernador del mundo, en un teísmo puramente racional y filosófico; lo esperamos más alto todavía: en su encuentro y entrega total, en su aceptación -aquí, sí, por la fe

sobrenatural de la Palabra Divina, de la Revelación con que Dios mismo nos ha descubierto la intimidad de su propio Ser y nuestro destino a la participación de su misma Vida, que su Hijo, Verbo substancial suyo, nos trajo del cielo y nos hizo posible en su Encarnación y Redención y que nos comunica por su Cuerpo místico que es la Iglesia. Lo esperamos en su encuentro con el Dios vivo, que para hacerse más encontrado del hombre se hizo Hombre El también y se nos acercó en los encantos de la debilidad de un Niño, para hacernos posible la participación de su misma vida de Dios por la gracia.

Aunque Ud. todavía tal vez no lo piense, está ya en ese camino, Nosotros lo esperamos en su término, esperando verle dar el último paso de su retorno a la casa del Padre, por la fe.

Solo no podrá. Pero Dios hará lo demás con su gracia.

Y para que Ud. sea fiel a ese llamado divino, de que su alma está ya tocada, según se experimenta en su libro, le prometo rezar por Ud., mientras lo aguardo con mi cordial amistad, que desde ya le aseguro en Cristo.

Mons. Dr. Octavio N. Derisi.